

Un diccionario singular: *Le Langage dans les tranchées*

Manuela San Miguel Hernández
Universidad de Salamanca

La situación en España (1914-1918). La neutralidad

Cuando se escribe que, en la Primera Guerra Mundial, España fue neutral, se hace referencia a la posición oficial del estado, ya que la mayoría de nuestros compatriotas se sintieron inmersos en la situación bélica, tomando apasionadamente partido por uno u otro de los bandos contendientes. Esta situación la expresaba perfectamente Alvaro Alcalá Galiano¹, quien señalaba que, hallándose Europa atravesando una de sus más graves crisis históricas y aunque nuestra situación política nos aconsejara la *neutralidad*, “en la esfera del pensamiento no hay neutralidad posible, ni puede haberla al juzgar el conflicto europeo. Ello significaría ‘indiferencia’, la más seria dolencia en el alma de un pueblo...”. Acababa Alcalá Galiano esta reflexión declarando: “Afortunadamente no es así”. En efecto, Ramón Pérez de Ayala², ferviente aliadófilo se cuestionaba:

El mundo entero está convulso, pero España es neutral. Es decir, España se desgarró entre sí, en anonadada guerra civil. El neutral es el Gobierno, y el Gobierno no es España, y ahora menos que nunca. ¿Será verdad que España está despertando sin que nos demos cuenta?

José María de Sagarra³ señala en sus *Memorias* que “la filia y la fobia se produjeron a causa de determinantes curiosos e incluso imponderables”. Simpatizaban con Francia la mayoría de los intelectuales y los hombres de letras y “ni que decir tiene que las izquierdas se inclinaron por los aliados, pero la gran masa neutra, la gran masa rural y todas las derechas del país fueron decidida-

1. (1915) *La verdad sobre la guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo*, 3ª ed.. Madrid, 5-6.

2. (1963) “La Voz de la Calle” (12-XI-1915) en *Tabla rasa*. Madrid: Bullón, 210.

3. (1957) *Memorias*, Barcelona: Noguer, 551-553.

mente germanófilas”. Así mismo “la clerecía se inclinaba por los imperios centrales, en general, porque tenía una idea nebulosa de Alemania, y Francia representaba el vicio, la corrupción y el anticlericalismo”. También había “el germanófilo enamorado del progreso material que en el triunfo de Alemania veía la solución de todos los problemas”. Así, “entre los médicos se daba la germanofilia porque Alemania en ciencias médicas iba a la cabeza del mundo” y otro tanto podía aplicarse a “muchos industriales que adoraban la técnica”.

Era, en cierto modo, natural que la opinión pública se alborotase en pro o en contra de los beligerantes. Pero, como señala Alcalá Galiano, el alboroto excesivo enturbió el entendimiento de los que discutían, “porque aquí cuando se discute no se razona, se grita”, hasta hacer de las discusiones un alarde de pulmones, en lugar de un torneo sereno y reflexivo de ideas y razonamientos. José María de Sagarra ha trazado un retrato muy expresivo de aquellas disputas:

Como el tema belicoso era del dominio de todo el mundo y todo el mundo podía meter la cuchara, estallaba a cada momento en los cafés, en los tranvías y en cualquier esquina. La discusión era inevitable, y padres de familia acababan a puñetazos y echando sangre por las narices a propósito de una cuestión que en realidad no les afectaba ni poco ni mucho... Todo esto era naturalísimo y comprensible en un país y en un público al cual se ofrecía un espectáculo grandioso, sin que le costase un céntimo y sin que le peligrase un hilo de la ropa.

Y si esto pasaba en la calle, en las publicaciones la situación no se alejaba mucho. Políticos, literatos, periodistas, con mayor o menor erudición y sutileza, tomaron la palabra para darnos su opinión sobre el conflicto que destrozaba al mundo. Así, Vicente Gay⁴ señalaba que la guerra fué un estímulo para la producción literaria, pudiendo decirse que existe una literatura de la guerra que comprende muy distintas materias y géneros, destacando entre ellos la que pudiéramos llamar literatura crítica:

Forman verdaderas pirámides las obras que se amontonan sobre este tema. Pero desgraciadamente la estimación cualitativa no se encuentra a la altura de la cuantitativa... La mayor parte de lo que se escribe está inspirado por motivos pasionales; los autores se dejan arrastrar por la simpatía que sienten hacia el beligerante de su elección... Avergüenza muchas veces leer las descripciones imaginarias de los pueblos europeos hechas por sus adversarios, los juicios apasionados, las frases injuriosas y groseras que convierten las plumas en navajas de jaque.

Entre todo este aluvión de literatura, no podemos olvidar las crónicas de los corresponsales, puesto que fueron varios los periódicos que tuvieron a gala tener-

4. (1918) “Prólogo” a E. Hernández-Carrillo. *La ruta de los pueblos*. Granada, XI-XII.

los en las capitales o en las trincheras de los bloques rivales. Las crónicas de Enrique Gómez Carrillo para *El Liberal* ocupan siete volúmenes, las de Agustín Calvet (Gaziel) para *La Vanguardia* otros cinco. Algún periódico, como *El Imparcial*, contó en su nómina de corresponsales no sólo a periodistas, como Julio Romero, sino, espigando entre los novelistas más cotizados del momento, a nombres tan inseperados como Armando Palacio Valdés o Ricardo León⁵. Precisamente de éste es el fragmento que reproducimos a continuación:

Nunca imaginara yo, poeta melancólico y apacible... salir por esos mundos en traza de corresponsal de guerra y hallarme de repente en lo más recio, inaccesible y hervoroso de la contienda universal... Nuestra vieja civilización europea, tan orgullosa en otro tiempo, tan pagada y segura de sí misma, yace herida de muerte, en pugna y en litigio, sobre los campos de batalla... Y pues nos toca vivir en tan alta ocasión, fuera cobarde egoísmo permanecer impasibles como ociosos espectadores ante la brava hoguera.

E inmediatamente recuerda “los viajes a los frentes, las noches lúgubres en barracas y trincheras..., las tristes visitas a los campos de concentración... las desenfrenadas correrías en automóvil... bajo la ronca amenaza de los cañones”.

En este clima socio-literario aparece *Le Langage dans les Tranchées. Diccionario Franco-Español de los términos militares, de “argot” y populares, empleados en las trincheras francesas*, de Aubin Rieu-Vernet, profesor de la *Escuela Superior de Guerra*, conferenciante en diversas instituciones de Madrid y Zaragoza, autor de *Le Français pour les espagnols*⁶ y otras obras de lingüística, premiadas en varias exposiciones internacionales, así como de tres obras teatrales. El diccionario se publicaba en Madrid, hacia 1917, con una tirada de 1.000 ejemplares numerados y se vendía “a beneficio de la Cruz Roja francesa”⁷. Para su autor, el objetivo del diccionario era el de disipar las dudas de los que en el extranjero suelen leer periódicos u obras francesas, que en el caso de España serían la mayoría de las personas cultas. En efecto, si aún en nuestro tiempo ocurre que lectores extranjeros con una importante cultura francesa encuentran una seria dificultad al leer la prensa en francés, dado que términos o expresiones de la lengua hablada, omitidos en los diccionarios, pasan a la lengua escrita, qué no sería en aquellos momentos en que, según Rieu-Vernet, no había periódico o libro que no tuviese palabras o expresiones sacadas de la “cantera inagotable” de las trincheras.

En el prólogo del libro, Enrique Gómez Carrillo felicitaba a Rieu-Vernet por la celeridad que había puesto en la confección del “vocabulario más pintoresco y más completo de la lengua nueva”, que se diferenciaría de los diccionarios al uso,

5. (1917) *Europa Trágica*. Madrid: Renacimiento, Madrid, 9-12.

6. (1907-1908) Zaragoza, 2 vols.

7. A Rieu-Vernet (s.a.) *Le Langage dans les Tranchées*. Madrid: Ediciones de La Razón.

porque “toda la alegría, toda la infantil frescura, toda la heroica ‘blague’ de los peludos de Francia está ahí, condensada en frases lapidarias y evocadoras. A este respecto Rieu-Vernet⁸ aclara en su *Explicación* preliminar:

Los combatientes de todas las regiones de Francia han llevado al frente palabras y modismos peculiares à su comarca natal, giros y vocablos que se han mezclado con la jerga y el hablar libre y desenfadado de los soldados de las grandes ciudades.

De hecho, Claude Duneton⁹ ha reconocido recientemente que gran parte de los vocablos que constituyen hoy el “lenguaje popular” no había rebasado los límites de la capital antes del “brassage patriotique” de la Guerra europea. Ello avalaría la explicación de Rieu-Vernet, quien sostiene que la trinchera hizo de crisol, fundiendo y unificando el lenguaje de sus defensores, para crear numerosas y típicas expresiones, empleadas no sólo por los soldados sino por los escritores en sus obras, ya que todos los que escribían por entonces se afanaban en honrar el “lenguaje pintoresco del héroe peludo”.

Contenido del diccionario

Y una vez efectuada esta introducción, pasemos ahora a estudiar el contenido del diccionario, que consta de 1757 entradas, ordenadas alfabéticamente en 250 páginas, incluyendo 137 figuras. Como indica claramente el subtítulo - *Diccionario de los términos militares, de “argot” y populares empleados en las trincheras francesas*- el de Rieu-Vernet no es exclusivamente un diccionario de argot; en lo que se diferencia, del diccionario de Gaston Esnault¹⁰, publicado en París dos años más tarde y cuyo objetivo era, según el autor, “être un tableau des jeux de la langue et de la pensée, des ‘sématismes’ en usage chez le combattant de la guerre actuelle”. Así se explica, en cierta medida, que éste último diccionario, pese a sus 610 páginas, incluya entre sus entradas apenas un 15% de los términos recogidos en *Le Langage dans les tranchées*, ya que de su ámbito quedan excluidos los términos que Rieu-Vernet llama “militares” y que constituyen una tercera parte de su diccionario. La pertinencia de incluir dichos términos, junto a los de argot y “populares”, quizás pudiera resultar un tanto discutible desde un punto de vista filológico, pero respondería con toda probabilidad a un criterio de simple utilidad práctica, asumida por Gómez Carrillo cuando expresaba su segu-

8. *Ibíd.* 7-8

9. (1990) “Quelques mots” in *La puce à l’oreille*. París: Balland, 9-27.

10. (1919) *Le Poilu tel qu’il se parle. Dictionnaire des termes populaires recent et neufs employés aux armées en 1914-1918*. Genève: Slatkine reprints, 1971, 7.

ridad de que “los encargados de hablar de la guerra” tendrían siempre a mano la obra sobre *el lenguaje de las trincheras*.

Especial atención se presta en el diccionario a los términos referidos al mundo de la salud. Puesto que la reflejada en el libro es una situación límite, donde se juega con la vida, menudean las alusiones a la enfermedad y, en particular, a las heridas. Así, “amochage, amocher, amoché” (que significa herir gravemente), aparece en todas las categorías gramaticales (como sustantivo, verbo, y participio) y otro tanto ocurre con el término “balafre, balafre, balafre”, aunque en esta ocasión se especifica acerca de la herida que se trata de un corte en la cara, recordando el lexicólogo, para el destinatario español, que Francisco de Lorena, duque de Guisa, era apodado “Le Balafre”.

También se alude, aunque de manera indirecta, a las heridas cuando se trata del “casque de tranchées o casque Adrian”, el casco de los soldados franceses, que inventó el coronel Adrián para proteger la cabeza de un tiro, y que, sin duda, resguarda mejor del fuego contrario que el primitivo “Képi”. Y como testimonio del aspecto enciclopédico del diccionario, el autor nos muestra una lámina alusiva, al igual que, en otro apartado, expone la foto de un soldado herido en la clavícula, para comentar la peligrosidad de la lesión causada por una bala “dum-dum”, ya que este proyectil de nombre onomatopéyico se manipula ex-profeso para producir en el herido enormes estragos.

Nuevas fotografías presentan escenas de heridos, como el embarque de los evacuados en un tren sanitario, con camillas suspendidas en el interior un wagón, o las enfermeras -”frangine” (hermana) en el lenguaje de las trincheras- haciendo una cura. En efecto, no podían faltar en el diccionario aquellas mujeres que acudieron masiva y desinteresadamente a los hospitales y a cuya abnegada labor dedicaba unos versos Roger Garaud¹¹: “elle dompte ses nerfs. Sans que rien ne l’abatte, / Ni les cris de douleur, ni les rictus des morts”, como también los dedica Mme. Alphonse Daudet¹² a la *Croix-Rouge*, emblema glorioso “sur la parure blanche / De la femme attentive et pieuse qui penche / Au chevet des héros, sa grâce apitoyée!”. Cruz que también brillaba en la manta de un “chien sanitaire” que, en una fotografía, transporta la boina de un alpino, mientras acude en busca de socorro, pues, como indica el diccionario, los “chiens de guerre” adoptaban múltiples funciones, como la de descubrir y socorrer a los heridos, la de centinela, la de enlace, etc.

Tampoco se olvida Rieu-Vernet de las secuelas y, así, a propósito de una nueva entrada, *infirmité* (lisiadura), nos aporta una tabla de las pensiones a que dan lugar las lesiones contraídas en la guerra. Asimismo presta especial atención a la “rééducation des mutilés”, aportando un expresivo texto del Dr. Gómez

11. Cit. por Rieu-Vernet, 123.

12. *Ibid.*, 69-70.

Ocaña¹³, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, en que se exaltan las intervenciones de cirugía reparadora llevadas a cabo en el Val de Grâce, así como las labores de rehabilitación en el Centro de Reeducción física del Grand-Palais.

Uno de los más amplios campos temáticos que comprende el diccionario es el de los grados militares, cuya complejidad deriva en parte de la falta de uniformidad entre los distintos cuerpos del ejército. Por ejemplo “brigadier”, que en algunos cuerpos es la abreviatura de general de brigada, en el de caballería no tiene más que un rango equivalente al de un cabo de infantería. Algo similar ocurre con el de “marechal”, máxima autoridad militar en el ejército, en tanto que “marechal des logis” equivale, en caballería, al sargento de infantería. Es precisamente, el grado de sargento, sobre todo si le agrupamos con el de sargento mayor o furriel, el que genera quizás una terminología más abundante. Sin ser exhaustivos, podemos encontrar en *Le Langage dans les tranchées*: “chef, doublard, marchef (caballería), margis (cab.), sac-à-linge, bras-cassé, tambour, pied-de-banc...”

Análogamente, el cabo, con el cabo primero, generan una variada terminología: “cab-four, saindoux, brig-four (cab.), caporal, cabot, clebse, brigadier (cab.)” Y con una diversidad similar encontramos las entradas referentes al soldado raso que, unido al de soldado de primera, darían: “jus premier, premier canard, bibi, fiferlin, fiflot, griveton, pioupiou, pitou, poilu.” Este último término se haría tan popular en la guerra del 14 como lo fuera en las guerra napoleónicas el de “grognard” y, sin duda, por eso le dedica un amplio espacio (más de seis páginas) Rieu-Vernet, quien para mejor definirlo acude a una cita de Louis Forest¹⁴:

J'avoue avoir, moi, un faible pour poilu. Le mot est déjà sanctifié par l'histoire. Il évoque, et de façon affectueuse, de grandes vertus: la ténacité, l'amour du sol, la conscience du devoir, la bravoure, la patience... Et la preuve, c'est qu'une mère ne dira jamais de son fils: mon combattant, mon citoyen armé; mais le terme n'ayant plus qu'un sens ennobli par la guerre, même la plus réservée ose dire, avec orgueil: “Mon poilu!”

También se haría muy popular el término de “bleu”, aplicado a los soldados bisoños, junto a los de: “blanc-bec, bleusaille, gosse, jeunot, loupot, Marie-Louise”. Este último, tan pintoresco, procede de la quinta que, anticipadamente, fué llamada a filas por la emperatriz María-Luisa en 1814. En la primera guerra mundial, este apelativo se aplicaba a los jóvenes de la quinta de 1916, llamados también un año antes, mientras que el nombre de “bleuets” se aplicaría a los soldados de la quinta siguiente. En cambio, un quinto cuyo servicio militar se apla-

13. *Ibíd.*, 212-213.

14. *Ibíd.*, 193.

zaba era denominado “ajourné”, al tiempo que “dispensé” se aplicaba los que, acogiendo a una ley de 1889, veían su servicio militar reducido en uno o dos años. En cuanto a los soldados avezados o veteranos, se denominarían: “vieille brisque, chevronné, claque à fond, pèpère, perroquet, rengagé, soudard”. Tampoco faltaban los términos referentes a aquéllos que habían logrado un puesto lejos del frente, que recibían los apelativos de: “embusqué, fatigué, tireur-au-flanc, traine-pattes”.

Otra fuente de abundante terminología eran los distintos cuerpos del ejército. Por ejemplo, los cazadores alpinos se denominaron “alpins, skieurs, diables bleus”, mientras que un infante de marina sería llamado “fusilier marin, Jean-Gouin, marsouin, tigre-bleu” y un artillero “arroseur, artiflot, bigarre, bombardier”. Pero, sin duda, el cuerpo que merecía una mayor variedad de apelativos era la popular infantería, cuyos efectivos eran denominados: “biffe, biffin, ecrevisse de rempart, biffin, fantabosse, troufion, ...”

Por no hacer demasiado extensa la relación, sólo diremos que aún podríamos añadir a este área temática otros 58 términos, sin contar los referentes a las tropas coloniales que, por la variopinta terminología que generan, creemos que merecen un lugar aparte. Dichas tropas, integradas por soldados autóctonos que recibirían la denominación de “coloniaux, eloussouques, tirailleurs”, contaban con soldados anamitas, además de los “bicos” –procedentes de Africa–, entre los cuales había argelinos, “toumané” -senegaleses-, malgaches... Especial renombre adquirió la “Armée Noire”, a la que dedica Rieu-Vernet un amplio artículo, que incluye una carta del entonces coronel Mangin, que fué su fundador, al general Archinard¹⁵, quien le habría inspirado la idea de crearla, acompañada de la respuesta de éste:

Vous avez voulu appeler les troupes noires à l'oeuvre... et vous avez fait tout ce que vous pouviez faire pour leur assurer une petite place à côté de leurs camarades de combat, à côté de leurs frères blancs... Je vous en félicite; tout le monde vous en remerciera et vous avez une fois de plus bien servi la France.

Aquellos soldados negros, recibían los nombres de “bamboula, chocolats, diables noirs”; epíteto éste último que sobradamente justifican las siguientes palabras del académico Henri Lavedan¹⁶: “Maîtres du corps à corps et fanatiques de la baïonnette, leur furie n’a qu’un splendide défaut: celui de l’impatience poussée jusqu’au délire”. Tampoco hay que olvidar en el ejército colonial a los norteafricanos, con sus “chacales” -como se llamaba a los zuavos-, y sus tropas de caballería -“spahis” y “goumiers”-, aunque, como podemos ver en una fotografía, los habituales corceles tuvieran que ser substituidos por bicicletas -“becanes”-

15. *Ibíd.*, 169-170.

16. *Ibíd.* 171.

menos pintorescas pero más adecuadas a la nueva situación. En torno a todos estos personajes, gira un variado vocabulario para designar prendas -"chéchia, coursi"-, pertrechos -"barda"-, bebidas y alimentos -"cahoua (café), méchoui (carnero)"-, un sin fin de habitáculos -"cagibi, cagna, guitoune, kasbah, marabout"- y tantos otros términos que, en ocasiones, terminaron por adquirir carta de naturaleza en el francés cotidiano, como el popular "toubib" (médico)".

Y frente al acento exótico de estos términos, aparece la rudeza de los germanos, acentuada por el odio hacia el invasor, que a veces adquiere un tono jocosos, como cuando se aplicaba el nombre de "K. K." al "pan que los alemanes han tenido que hacer para luchar contra la penuria de trigo" y otras llega hasta lo ridículo, como cuando en el diccionario se define "bromidrose" como "el olor sui generis de los alemanes producido por la fetidez de su sudor".

Otra muestra de la inquina hacia los alemanes era el uso, para designarlos, del término "boche", sobre cuya etimología se ha discutido mucho. El autor del diccionario recuerda que en una nota de Rodríguez Marín¹⁷ al *Quijote*, se incluye esta palabra entre las usadas en germanía, con el sentido de "verdugo". Análogamente, Rieu-Vernet señala el uso del mismo término en algún pueblo de Zamora, como una de las mayores injurias que pueden aplicarse a una persona.

También ocupan un importante lugar en el diccionario los términos referentes al armamento. Pocas armas generan una terminología tan familiar como la bayoneta -"Rosalie, fourchette, cure-dent, tire-boche..."-, aunque le siguen de cerca la ametralladora -"mitrailleuse, crecelle, machine-à-decoudre, moulin à café, tacata-tacata"- y el fusil -"arbalète, flingot, lance-pierres, nougat, Maxim, Victor"-. En cuanto a morteros, obuses y cañones, alternan los cardinales alusivos al calibre -"soixante-quinze, cent-vingt, deux-cent-vingt, quatre-cents"- con sustantivos tan entrañables como "grand-mère" o un tanto jocosos como "guelard, gros cu, Grosse-Bertha, Grosse-Julie". Pero donde, quizás, adquiere el vocabulario unas proporciones más extensas y variadas es en lo que a proyectiles, granadas y metralla se refiere. Encontramos allí utensilios cotidianos -"bouteille, brouette, marmite, seau de charbon"-, junto a comestibles y dulces -"dragée, marron, praline, pruneau, saucisse"-, sin que falten animalillos -"coulèuvre, moineau, oiseau, mouches-à-miel, tortue"-, onomatopeyas -"cou-cou, dum-dum, you-you"-, o términos alusivos a comunicaciones y transportes -"colis-postal, Express d'Orient, Métro, reponse payée"-. Y a propósito de transportes, también ocupan un importante lugar los medios de locomoción. Encontramos así formas variopintas de automóviles -"auto-camion, auto-canon, auto-pigeonnier, camion-bazar, roulante de frigo"-, junto a embarcaciones del más diverso calado -"bac, balandre, chalutier, mouilleur de mines, paquebot, sous-marin, transa"-. Monoplanos y biplanos -"Albatros, Aviatik, Farman, Sikorsky, Vengeur"- rivalizan en el aire con aerosta-

17. *Ibíd.* 33.

tos -"ballons, saucisses"- y dirigibles -como el célebre Zeppelin- y aun con "cerfs-volants", a cuyo propósito leemos, no sin sorpresa, que "las cometas militares son bastante poderosas para elevar a gran altura á un oficial encargado de vigilar las posiciones enemigas". Y como vehículos un tanto insólitos, encontramos también trineos -"traineau"- y hasta ambulancias en "side-car".

Pero dentro de los vehículos militares es, quizás, el tanque el que merece en mayor medida la atención de Rieu-Vernet. Si para nosotros es una imagen habitual de la guerra, en aquellos años era toda una sensación, "une espèce de monstre rampant (qui) à réussi a sauter par-dessus cinq tranchées et un entonnoir", como lo explicaba el "kronprinz" de Baviera¹⁸ en una entrevista para el "Berliner Tageblatt". Empleado por primera vez por los ingleses en la batalla del Somme, recibió diversos nombres -"tank, mint-cream, caterpillar, Big-Willy"- que ocultarían durante su construcción su verdadera naturaleza de máquina bélica:

Le nom générique de "tanks", c'est-à-dire "réservoirs, ne leur fut donné pendant leur fabrication que pour éviter d'attirer l'attention des services d'espionnage de l'ennemi. Les tommies ont d'ailleurs tenu à nommer chacun de ces précieux auxiliaires d'un nom individuel et pittoresque: Crème-de-menthe, Cordon-Rouge, Délices-du-Diable, etc.¹⁹

La prensa del frente

En su *Explicación*²⁰ preliminar, el autor de *Le Langage dans les tranchées*, sobre la base de que "una palabra aislada es yerta y sin expresión", justifica la inclusión en su diccionario de "muchos ejemplos y citas que sugieren una comprensión más exacta del sentido de los vocablos, y les dan algo de aquél interés y de aquel atractivo que tiene siempre la vida real", pretendiendo con ello hacer el libro más ameno y útil. Y, en efecto, uno de los aspectos más interesantes, a mi juicio, de la obra de Rieu-Vernet es la profusa intertextualidad con que el lexicógrafo enriquece su labor, hasta el punto de que, casi a cien años vista, podemos leer el diccionario de un tirón.

Las fuentes textuales citadas incluyen documentación político-militar, tomada de los archivos u ocasionalmente recogida en periódicos u otras publicaciones. Particularmente algunas entradas se acompañan de una copiosa documentación. Tal es el caso de *Neutralité*²¹, que, a propósito de la neutralidad de Bélgica, presenta la declaración en el Reichstag del Secretario de Estado alemán de Asuntos Exteriores, Jagow, recogida por el Nord-deutsche Allgemeine Zeitung, la carta

18. *Ibíd.* 53.

19. *Ibíd.* 237.

20. Rieu-Vernet, *op. cit.* 7-8.

21. *Ibíd.* 164.

del Ministro homólogo belga, Davignon, a los Ministros del Rey de Berlín, Londres y París, el informe de la visita del embajador inglés en Berlín, Goschen, al canciller del Imperio alemán, von Bethman-Hollweg, así como el discurso de éste en el Reichstag. Se incluyen, además, la proclama al pueblo belga del Comandante en jefe del ejército del Mosa, von Emmich, y la contestación del gobierno belga al ultimatum alemán.

Otras proclamas de las autoridades alemanas a las ciudades ocupadas, anunciando la toma de rehenes, figuran en la entrada *otages*²², como la del Comandante de la Plaza de Namur, von Bulow, el aviso del Gobernador General de Bélgica, von der Goltz, o la transmitida por el alcalde de Reims, Dr. Langlet. Precisamente a propósito del bombardeo de la catedral de Reims, se presentan en otra entrada²³ el facsímil de un informe militar archivado de la Dirección de lo Contencioso, así como textos de los generales Bruneau, Pelecier y Dubois, y un poema de Edmond Rostand. También la batalla del Marne encendía el verbo de éste, así como los de Jean Rameau, Maurice Barrès, Henri de Régnier y el general Maletterre, cuyas composiciones se incluyen en la entrada *Marne*²⁴, junto al relato de la batalla que dió un importante giro al curso de la guerra, extractado del informe oficial que publicó el *Bulletin des Armées de la République*.

Entre esta documentación de naturaleza política, no faltan textos del presidente de la República francesa, Poincaré, como el fragmento de una Carta al Ministro de la Guerra o el mensaje que dirigió al pueblo de Francia el 14-8-1914, en el que acuñó la expresión *union sacrée*. A propósito de esa “unión sagrada de todos los franceses”, resulta de especial mención un curioso texto del obispo de Perpiñán²⁵, que consignamos a continuación:

Quand vous retournerez en Espagne, vous direz à vos compatriotes ce que vous avez vu: ... cette admirable union sacrée qui vous montre tous les partis confondus en une même résolution, en une même pensée de patriotisme. Des conservateurs à côté des radicaux et des socialistes; un évêque à côté des libres penseurs... Ce n'est certainement pas un spectacle banal que de voir un évêque sur la scène d'un théâtre, mais les temps son tels, que les vieilles disciplines doivent s'écrouler, et qu'un évêque doit pouvoir être mobilisé, comme tout autre citoyen...

Pero más notables, quizás, que ningún otro texto, por su concisión y expresividad, resultan las *ordres du jour*, a cuyo respecto señala Rieu-Vernet²⁶:

22. *Ibíd.* 179-180.

23. *Ibíd.* 213-217.

24. *Ibíd.* 142-152.

25. *Ibíd.* 251.

26. *Ibíd.* 174-179.

Tous les grands conquérants, tous les entraîneurs d'hommes ont trouvé pour faire rendre à leurs troupes leur maximum d'efforts, leur faire entendre avec joie des fatigues surhumaines, et les mener enfin à la mort comme à une fête, ces mots magnifiques qui prennent l'âme, galvanisent les énergies et décuplent les forces humaines. Dans leurs "ordres du jour" demeurés légendaires, pas de phrases, pas de paroles vaines et ornées, partout seulement la vérité des faits et la terrible éloquence des choses.

Como muestra, se citan las de los gobernadores militares de París y Lieja - generales Gallieni y Leman-, dirigidas a la población civil de su circunscripción, instándoles al cumplimiento de sus deberes patrióticos ante la invasión alemana. Asimismo, se citan las de los generales Foch y Nivelle a sus tropas, reafirmando en una moral de victoria, y la del general de Castelnau, admirable en su vibrante laconismo, antes de la batalla de la Trouée des Charmes: "En avant, partout, à fond". Pero el mayor realce lo confiere Rieu-Vernet a las ordenes del general en jefe, mariscal Joffre, incluyendo los facsímiles de aquella en la que, antes de la batalla del Marne, insta a sus tropas a "vaincre ou mourir" o en la que les felicita cuando la victoria resulta incontestable. En esos admirables mensajes vemos cómo los líderes sabían conmover la fibra íntima de sus soldados, unas veces apelando a eslóganes bélicos, como aquel que pronunciaba el general Pétain ante las tropas de Verdún y que se convertiría en un leit-motiv en aquella contienda: *Courage... on les aura*²⁷. Otras veces, asumiendo un lenguaje del más íntimo paternalismo, como cuando el comandante en jefe de la flota aliada de Oriente, almirante Dartige de Fournet, apelaba a sus hombres "mes amis, mes camarades, mes enfants".

Y no sólo pertenecen a los altos mandos los textos que se citan, sino a jefes y oficiales, como el coronel Mangin, el capitán Madrou, los tenientes Jaquier y René Jeanroy o el médico militar René Barton. Pero, al lado de estos textos que podíamos denominar castrenses, el mayor contingente de los textos corresponde a escritores de mayor o menor renombre. Así reiteradamente se cita a académicos como Jean Aicard, Frederic Masson y, sobre todo, a Maurice Donnay y, junto a ellos, a los archiconocidos Maurice Barrès, Henri Bataille, Henri de Regnier, Edmond Rostand y Willy o los hoy menos recordados poetas, novelistas o dramaturgos Lucien Descaves, André Dumas, Louis Forest, Edmond Haracourt, Abel Hermant, Miguel Zamacois. Tampoco faltan nombres femeninos, como Marie-Joseph de Chénier, Mme. Alphonse Daudet, Cora Laparcerie Richepin, Juana-Richard Lesclide, Angèle Maraval-Berthoin, Jeanne Catulle-Mendès, Helène Picard, Helène Seguin, así como grandes genios de la literatura universal: Cervantes, Gabriele d'Anunzio, Victor Hugo. Y para completar el censo, una treintena, al menos, de nombres que, no figurando en los tratados de literatura, no sabemos hoy si corresponden a seudónimos o bien a ciudadanos corrientes que

27. *Ibid.* 17.

quisieron contribuir con sus pequeñas aportaciones literarias -en verso, la mayoría de ellas- a mantener el espíritu patriótico en aquella catársis colectiva.

La mayoría de los textos a que hemos aludido están tomados de los periódicos del frente, que redactaban e imprimían los soldados franceses “hasta en las primeras líneas de fuego, á pesar de lo cual dichos periódicos rebosan todos buen humor, ‘esprit’ y sana alegría, dando una clara demostración de la fortaleza mental francesa”, como sostiene Rieu-Vernet²⁸, en apoyo de cuyo aserto, cita el siguiente texto de Pierre Albin:

Mais alors, on n’était point triste sur le front! Avec la confiance on avait conservé la vieille gaieté française! On ne croyait pas tout perdu! On acceptait courageusement la longueur et l’âpreté de la lutte! On s’installait! On faisait des journaux! Des articles, des vers! Sans doute ce n’étaient pas des feuilles comparables à l’immense “Temps” ni au luxueux “Figaro”. La composition typographique était remplacée par la pâte à copier, et la mise en pages manquait de variété. Mais la verbe, l’entrain faisaient oublier toutes les imperfections de la réalisation. Allons! rien n’était perdu, puisque la gaieté renaissait là-haut, devant l’ennemi. *Tous les journaux du front.*

Esta visión la comparte Gómez Carrillo²⁹, quien a propósito de uno de aquellos periódicos, *L’Echo de l’Argonne*, escribía:

Este periódico, que es el decano del gremio, se publica todos los jueves en pleno bosque. Cuando la compañía que lo edita gana algún terreno, un soldado se encarga de transportar hacia delante la imprenta, con sus tipos y su máquina... Para imprimir una hojita de quince centímetros no hay tampoco necesidad de grandes rotativas. Mas en quince centímetros cabe lo que a un peludo le interesa saber, y aun queda espacio para que los grandes prosistas de Francia publiquen sus versos.

Según Carrillo, Europa entera se habría enterado “de que los soldados de Francia tienen tiempo y humor de publicar, entre dos combates, algunos periódicos” cuando Raymond Poincaré, que “nunca reniega de su pasado periodístico”, se decidió a colaborar en *L’Echo des Tranchées*, el más importante de los periódicos del frente, en el que, además del presidente de la República, colaborarían “todos los demás presidentes, ya sean del Senado o del Congreso, de la Société des Acteurs o del Sindicato de Fotógrafos”, hasta el punto de que los “peludos” le llamaban “*Le Journal des Présidents*”.

En su artículo, Poincaré “elogiaba, sobre todas las virtudes militares del soldado francés, su alegría, su risa, su buen humor”. En el mismo sentido se pro-

28. *Ibíd.* 202.

29. (1921) “La prensa en las trincheras”. *En las trincheras*. Madrid: Mundo latino, 82-90.

nunciaba Carrillo, al recordar la impresión que causaba en los corresponsales extranjeros que visitaban las trincheras la manera en que “bajo la nieve, entre el lodo, padeciendo materialmente de mil privaciones, comiendo mal y durmiendo peor, el buen *piou-piou* tomaba en broma sus propias penas y se reía de la vida tanto como de la muerte”. Esa “*insouciance* sonriente e irónica” la encontraba reflejada Carrillo en la *Prensa de las trincheras*, no habiendo regimiento que no poseyera su órgano humorístico. Y no es porque en las trincheras sobran motivos para sentirse alborozado. Como prueba de lo contrario, *Le Poilu enchainé* - que antes se había titulado simplemente *Le Poilu*- aclaraba que con el cambio de nombre quería hacer comprender a los lectores “que la lucha actual, lucha subterránea, lucha de trincheras, es para nosotros un suplicio espantoso que nos obliga contra nuestro temperamento, a permanecer inactivos, *encadenados*, bajo la tierra”. Con esta declaración querían dejar bien sentado que no se sentían amordazados por la censura.

Y, en efecto, Carrillo señala no haber visto antes en ninguna parte “una abundancia igual de bromas irrespetuosas e ingenuas”. Así, si el *Echo des Marmites* se hubiera publicado en París, en lugar de en el frente, “la censura lo habría ya suprimido veinte veces a causa de su ironía, que no respeta ni ministros, ni académicos, ni obispos, y que lo mismo parodia un discurso del presidente del Consejo que una orden del día del generalísimo”. E incluso “el mismísimo *L’Echo des Tranchées*, que casi es un monitor oficial del ‘frente’, ... se permite insertar sueltos inocentemente irreverentes, en los que cualquier censor sutil y tímido encontraría motivos para decretar la suspensión y hasta la excomuniación”. A continuación, señalamos la amplísima muestra de aquellos periódicos citada en *Le Langage dans les tranchées*:

Le Poilu, Le Poilu enchainé, Le Canard poilu, Poilus et Marie Louise, Poilus et Bleus, Les Poilus du Sept-six, Le Poilu imberbe, Les Poilus de la 9e, Le Jeune Poilu, L’Echo de l’Argonne, L’Echo de la Somme, L’Echo de Carrefour, Le Petit Echo du 18 Rgt., L’Echo des Gourbis, L’Echo des Tranchés, L’Echo des Guitounes, L’Echo des Marmites, L’Echo des Partis, L’Echo du Ravin, L’Echo du Carrefour, L’Echo des Cagnas, La Voix du 75e, Le Cri de Vaux, Bois de Thiaucourt, Le Petit Voisognard, La Tranchée, Boyaux et Tranchées, La Marmite, Le Flingot, Rosalie et Flingot, L’Anticafard, L’Anti-Cor, Le Bleutinet, Le Diable au Cor, Le Rigolboche, Le Tournebroche, Le Lapin des Dunes, Le Lapin de l’Argonne, Le Grogard imberbe, Le Jeune Grogard, Le Vieux Grogard, L’Artilleur, La Guerre.

Conclusiones

Creemos haber probado en nuestro trabajo que el libro de Rieu-Vernet se trata de una obra singular, a medio camino entre el diccionario de argot y el dic-

cionario técnico, en el cual el autor, bajo el pretexto de aportar una herramienta para la lectura de textos franceses, hizo una velada contribución a la literatura políticamente francófila. En cualquier caso, consideramos que el libro proporciona una valiosa documentación para el conocimiento del conflicto europeo y de aquellas publicaciones, hoy caso olvidadas, que se denominaron *periódicos del frente*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCALÁ GALIANO, A. (1915): *La Verdad sobre la Guerra*. Madrid, 3ª ed.
- DIAZ PLAJA, F. (1973): *Francófilos y germanófilos*. Barcelona: Dopesa.
- DUNETON, C. (1990): *La puce à l'oreille*. París: Balland.
- ESNAULT, G. (1919): *Le poilu tel qu'il se parle*. París. Nueva ed. Ginebra: Slatkine reprints, 1971.
- GÓMEZ CARRILLO, E. (1921): *En las trincheras*. Madrid: Mundo Latino.
- LEÓN, R. (1917): *Europa trágica*. Madrid: Renacimiento.
- PÉREZ DE AYALA, R. (1963): *Tabla rasa*. Madrid: Bullón.
- RIEU-VERNET, A. (s.a.): *Le Langage dans les tranchées*. Madrid: La Razón.
- SAGARRA, J. M. de (1957): *Memorias*. Barcelona: Noguer.